

VIOLENCIAS: ENTRE RUIDOS Y SILENCIOS

Susana Brignoni

Miller afirma en "Niños violentos"¹ que la violencia no es un síntoma en tanto no es una satisfacción sustitutiva. Es una afirmación sobre la que tenemos que preguntarnos ya que en general nos encontramos con una dimensión de la violencia, entre niños y adolescentes, que es una respuesta. Sin embargo en tanto respuesta a veces está articulada y otras no.

Entonces, ¿puede la violencia convertirse en un síntoma? Es decir, ¿puede sintomatizarse la violencia, en el sentido de producir una interrogación en el sujeto que es objeto de ella: tanto si es el receptor de la violencia como si él mismo la lanza sobre el otro? Esta es una de las preguntas que me hago en el trabajo con niños y adolescentes tutelados, cuya tutela deviene de los malos tratos padecidos. Y también ¿hay una relación entre las experiencias vitales de deprivación, donde han primado los malos tratos en distintas edades y los fenómenos de violencia? ¿Las marcas familiares que se inscriben en los chicos con los que trabajamos a partir de malos tratos, es decir a partir de un trato violento, se reproducen de manera automática? Es decir ¿si un sujeto ha sido maltratado será un maltratador?

La violencia tiene un lado de ruido y un lado de silencio. El ruido es el que provocan los otros del niño, su entorno, sus referentes. Lo que horroriza de su "sin sentido". La escena violenta en la que participa un niño o adolescente convoca la mirada de los otros, una mirada que no pueden sustraer, que deja al que mira por un lado sin ninguna explicación pero a su vez fascinado. Es la figura del "bloqueo" en el adulto que acompaña al niño. Ante esta falta de explicación suele producirse la asignación "temprana"² de un lugar: se trata de un violento, se trata de un niño o niña mala. Suele ser un mal lugar.

1 Miller, Jacques-Alain. "Niños violentos". *Rev. Carretel N°14*, Bilbao, 2004, pp.9-17.

2 *Ibid.*, p.15.

El silencio o los silencios están del lado del sujeto, que muy frecuentemente, se presenta a su sesión no siendo consciente de la actuación violenta o minimizando los efectos de su expresión. Incluso no es algo de lo que al sujeto le interese hablar. Escucha al adulto que habla de ella sin verse demasiado preocupado por la misma. Las acciones violentas quedan fuera del circuito de la palabra pero a veces, aunque el sujeto no lo sepa o incluso en un primer momento se resista, son aquellas que pueden llevarlo a un dispositivo en el que de lo que se trata es de hablar. Mi impresión es que para que ese hablar suceda, el analista tiene que mostrarse bastante poco interesado por esas acciones. También es importante tal vez pluralizar el término: más que nombrar a la violencia se trata de hablar de las violencias, los episodios de violencia y evitar así la nominación de "violento" que difícilmente dejará al sujeto una salida.

Lacan en el Seminario 5³ enfatiza la disyunción entre violencia y palabra:

"Para recordar cosas inmediatamente evidentes, la violencia es ciertamente lo esencial en la agresión, al menos en el plano humano. No es la palabra, incluso es exactamente lo contrario. Lo que puede producirse en una relación interhumana es o la violencia o la palabra. Si la violencia se distingue en su esencia de la palabra, se puede plantear la cuestión de saber en qué medida la violencia propiamente dicha- para distinguirla del uso que hacemos del término agresividad- puede ser reprimida, pues hemos planteado como principio que en principio sólo se podría reprimir lo que demuestra haber accedido a la estructura de la palabra, es decir a una articulación significativa..."

A partir de esta indicación varias cuestiones se abren para seguir trabajando. Por ejemplo ¿la violencia es un fin en sí misma?

La violencia puede ser un medio en búsqueda de un fin. Sin embargo cuando hablamos hoy de violencia desencadenada nos aparece la violencia como un fin en sí misma. Aparece en su dimensión de sin sentido. Es, por ejemplo, cuando la violencia actualiza sin freno la marca que estuvo en el inicio, la marca que itera, y que lleva al

³ Lacan, Jacques. *El Seminario, libro 5, Las Formaciones del Inconsciente*. Paidós, Buenos Aires, 1999, p. 468.

sujeto una y otra vez a convertirse en el desecho que lo representó en el momento de nacer.

Por otro lado podemos pensar en que hay un goce en juego en las respuestas violentas. La violencia puede ser, también, un modo de tratar el miedo, una especie de transformación en lo contrario. De la situación en la que el sujeto es violentado y tiene miedo a violentar, es decir a dar miedo, de este cambio de posición puede depender el inicio de un camino que abre las vías para una posible articulación significativa. Que esta articulación se realice depende de con quién uno se encuentre y del consentimiento del sujeto a lo que ese otro le ofrece. Un encuentro contingente que puede desplazar, a veces, la cuestión tan visible de la violencia.